

Esmeraldo:

VERSIÓN ELECTRÓNICA

Núm. 0, *por Manolo Martínez.*
Otoño del 2003.

| | |
|---|--------|
| Qué noche, y qué cosas | |
| En la calle. En el Azzurro. En el taxi..... | pág.2 |
| En la ducha..... | pág.8 |
| Recuerdo es rollo..... | pág.9 |
| Cuál es la palabra. | |
| Entrega segunda..... | pág.12 |
| Cuchicheando sobre no sé qué, tres chicas y un chico. | |
| Función de fin de curso..... | pág.18 |

Qué noche, y qué cosas.

EN LA CALLE. DENTRO DEL AZZURRO. EN EL TAXI.

En la calle

Iba casi corriendo porque llegaba tarde. Me dirigía a un bar, a ver un concierto, y el bar está en uno de los barrios de nuestra ciudad que se suponen desaconsejables. Por eso me estaba resultado incómodo apretar tanto el paso: quizá los rateros -que quizá andaban escondidos en los rincones oscuros que, quizá, hay- interpretarían que andaba tan deprisa no para llegar antes a donde fuera que iba, sino por tenerles miedo. Pensar que el que ellos me creyeran asustado me hacía vulnerable me hacía, ahora sí, vulnerable.

El bar, que se llama 'Azzurro', se anuncia desde la puerta con un letrero de color azul oscuro. Justo al lado tiene una carnicería con otro letrero, pero blanco, luminosísimo, parpadeante, con caracteres de color rojo en los alfabetos europeo y árabe. Pasé de largo seguramente porque éste me tapó el otro, o me lo hizo pasar por alto. Por otro lado, no iba leyendo letreros. Sólo miraba hacia delante, preocupado por cubrir la distancia que me separaba del bar, confiando en el croquis que me habían dibujado.

Tuvieron que pasar dos cruces que el croquis no recogía para que me diera cuenta de que debía de haberme dejado el bar

atrás. El primero de los cruces sería, pensé, el reflejo de una diferencia de criterios: lo que para mí es un cruce, para el que me dio la información debía de ser apenas un callejón sin salida, una separación entre dos casas algo mayor de lo normal. (Quiero llamar la atención sobre esa diferencia en los criterios de identificación de cruces y callejones sin salida entre mi amigo, el que me dibujó el croquis, y yo. Él se reiría de mí y de la analogía que estoy evitando exponer abiertamente -aunque, tan obvia, los lectores ya la han comprendido-. Se reiría pero yo sigo pensando lo mismo sobre nosotros dos). El segundo cruce lo era bajo cualquier consideración: volví sobre mis pasos. (Si yo me había equivocado, y aquel primer cruce/callejón era lo mismo para mí que para mi amigo, tendría que abandonar la conclusión que hubiera extraído de la analogía de antes. Sin embargo, la conclusión sigue allí, flotando por así decirlo, sin razones ni argumentos que la conecten con nada. Así pues, ¿para qué hacía falta la analogía?)

Ahora estaba desesperado por encontrar el sitio, había olvidado el croquis y sólo buscaba letreros azules. Pasé por delante del callejón/cruce y casi enseguida vi el letrero del Azzurro, a contraluz del de la carnicería. Pasando por entre unos chicos que estaban sentados en los escalones, empujé la puerta -de madera, opaca, cerrada, a la moda de "hacerse el peligroso"; conmigo funciona: me hizo sentir vulnerable otra vez- y entré.

En el Azzurro

Pasaban cuarenta minutos de la hora anunciada en el cartel y el concierto había comenzado. No obstante, mucha gente se paseaba todavía por la zona de la barra sin que se viera claramente quién pensaba acercarse al escenario en cuanto le hubieran servido la copa y quién iba a quedarse por allí, charlando. Mis amigos también estaban. Nos saludamos con la mano pero, aunque no estábamos lejos, se hacía imposible acercarse. Les dije por señas 'hablamos luego' y empecé a

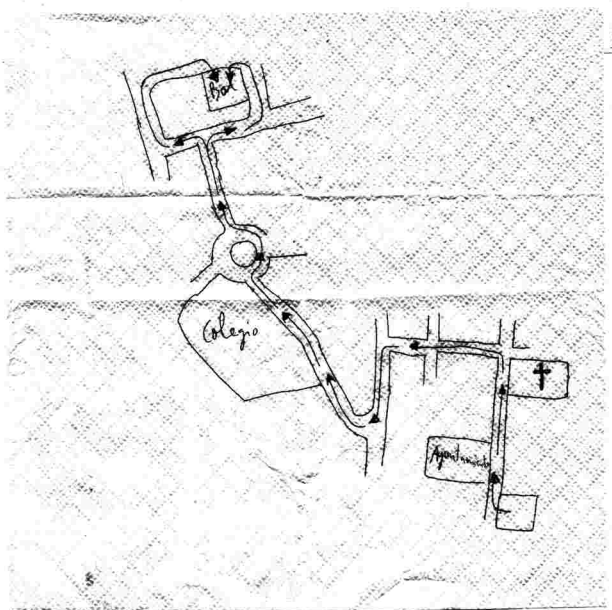
abrirme paso hacia el fondo, donde tocaba el grupo. El Azzurro es un pasillo (la barra) que luego se abre en una zona circular cuya mitad más alejada es el escenario y la más cercana la zona para el público. Lo normal es: primero poca gente en la primera parte del pasillo, luego más y más gente hasta llegar al escenario. Encima del escenario, de nuevo, poca gente: el grupo que sea que toque ese día.

Iba hacia el escenario caminando de lado, haciéndome sitio con el hombro por delante, manteniendo el equilibrio contra las espaldas de los más altos. Intentaba avanzar educadamente, sin molestar a nadie pero, según me acercaba y aumentaba el volumen de la música, yo también empujaba más violentamente, en cierta manera siguiendo el ritmo. *Es sonrojante dejarse ir. Se debe mantener el control de lo que uno hace.*

Según la música sonaba más y más alta, como había previsto cada vez había más gente. Yo los empujaba con todas mis fuerzas, en continuo, como si arrumbara colchones contra la pared. A más ensordecedora la música, más gente y menos hueco para maniobrar con ellos. Cuando ya sólo tenía que franquear el umbral del semicírculo, el atasco era totalmente intratable. Valoré la posibilidad de quedarme allí mismo, donde apenas podía apoyar los pies en el suelo, pero finalmente decidí que no había estado corriendo por la calle y empujando por el pasillo para luego no ver nada. Hice lo posible por asentarme en el suelo con los dos pies y, balanceando el tronco, cogí impulso para proyectarme entre las dos espaldas que parecían más frágiles, hacia el interior del semicírculo. Salté, pasé entre las espaldas sin encontrar resistencia, prácticamente envié a un chico al suelo y ya estaba en el semicírculo del público, yo y seis personas más. Había poca gente (porque) el grupo no se movía en absoluto, el volumen de la música era horriblemente alto, la cantante tenía la boca desmesuradamente abierta y la bajista lloraba con desconsuelo, pero sin un espasmo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, sólo dejando ir lágrimas y más lágrimas que resbalaban por el vestido y se metían entre las

suelas de sus zapatos y las tablas del escenario. Ahora bien, la primera frase de este párrafo denota un sonido horriblemente alto en letras inaudibles, y (sólo “y”, no “y de la misma forma”; no podría comprometerme a nada más que una yuxtaposición aquí) aquel sonido desmesuradamente alto producía el mismo efecto que un zumbido vertiginoso que no proporcione información y no sirva para nada, un silencio cabezón, estúpido, exasperante. La bajista intentó dar un paso, la cantante pulsó una cuerda de su guitarra y se levantó del suelo, saltó. En ese momento se me rompió el codo.

Fue aparatoso (¡al menos para mí!) e imprevisto, pero el ruido quedó tapado por completo por el sonido al que se



« esa diferencia en los criterios »

refiere el párrafo anterior. Salpiqué a dos chicos que escuchaban el concierto cerca de donde yo estaba. Me miraron sin entender lo que había pasado, sin duda imaginando que se trataba de sudor, o cerveza. No les devolví la mirada, e intenté interesarme otra vez por el concierto pero, mientras la cantante volvía al suelo y yo maniobraba para meterme la mano en el bolsillo sin separar el antebrazo del húmero, fui a dar con la cabeza en algún pique que sobresalía del techo y por poco me dejo el sentido. Por suerte, aterricé sobre los dos pies y aquellos mismos chicos me ayudaron a recuperar el equilibrio. Uno de ellos era el que derribé con mi último empujón en pos del escenario. Según parece, me conocían de algo y se miraban divertidos mientras me dejaban, de pie, en el suelo. Les di las gracias por señas, con la mano buena y les dije también 'hasta ahora'. Seguí caminando hacia el escenario. Las otras cuatro personas con las que compartía el semicírculo habían llegado ya hasta allí, y estaban cuchicheando sobre no sé qué, tres chicas y un chico. Quería pedirles que me dejaran oír, pero no resultar desagradable, así que me llevé el dedo de la mano buena a los labios en petición amistosa de silencio, sonriendo. Ésa era mi intención, pero tenía los labios secos y al curvar las comisuras hacia arriba se me rajó un poco la piel y el labio inferior empezó a gotear sangre. Temiendo que eso tuviera un efecto contrario al que esperaba producir con mi gesto amistoso, me tapé la boca con la mano, presionando el labio para cortar la hemorragia. Decidí hacerles un gesto de 'no es nada, tengo los labios secos' y como no podía mover ninguna de las dos manos de donde estaban, una en algún bolsillo y la otra pegada a la boca, intenté al menos saltar y tocar los dos talones entre sí como diciendo 'no es nada'. Así que me fui al suelo, me magullé el lado derecho y seguí resbalando con el impulso que llevaba hasta topar, con la cabeza otra vez, contra el pie del escenario. Entonces pensé 'ya está bien, sin duda se me excusará que me marche'.

Tambaleándome, con el codo roto y una mano insensible

dentro de algún bolsillo, la otra pringosa y pegada a la boca, dos chichones en la cabeza, el lado derecho magullado y la camisa para tirar a la basura, me encaminé hacia la salida. ¿Pero dónde quedaba la salida ahora? Yo había supuesto que en la misma dirección por la que había venido y en sentido contrario y sin duda así era pero, como debía de haber rotado un cierto ángulo desconocido por mí cuando me golpeé la cabeza (sobre un eje perpendicular al suelo), en ese momento no estaba seguro de cuál sería aquella dirección cuyo sentido contrario me interesaba, y tuve que ponerme a caminar en una que no parecía particularmente incorrecta. Caminé y caminé, mientras la cantante abría más y más la boca, como si fuera realmente a cantar y la bajista decía ‘que no, que la culpa es tuya. No me escribas más. Estás vacío por dentro’. Volví otra vez sobre mis pasos y allí estaba la puerta opaca del Azzurro, vista desde dentro. La abrí y salí afuera.

En el taxi

‘¡Qué noche, y qué cosas!’, pensaba en el taxi que me llevaba a mi casa. El taxi iba rápido y en casi todos los cruces estaba claro que algún otro coche iba a chocar contra nosotros y aplastarme, con la puerta que se encontrase primero, contra la puerta contraria, y luego a mí y a las dos puertas contra alguna pared que hubiese. Lo parecía cada vez. Lo parecía una vez, lo parecía la siguiente, pero no pasaba nada.

De: <manolo@austrohungaro.com>
Fecha: Jue 30 oct, 2003 00:13:08 Europe/Madrid
Para: <contacto@austrohungaro.com>
Asunto: <sin asunto>

En la ducha, al enjabonarse, hay que cerrar los ojos. En ese momento, el metal de la grifería puede chasquear al expandirse con el cambio de temperatura provocado por el paso del agua caliente; pero lo único que hay para evaluar el chasquido es el chasquido mismo, porque tenemos los ojos cerrados. Así que también alguien está delante nuestro, en el baño, chasqueando los dedos al ritmo del pasar a través del techo de escupitajos inmatereales que un chaval nos tira cuando estamos en la cama y que evitamos en el último momento, al cambiar de posición para estar más cómodos.

Ce message électronique et tous les fichiers attachés qu'il contient sont confidentiels et destinés exclusivement à l'usage de la personne à laquelle ils sont adressés. Si vous avez reçu ce message par erreur, merci de le retourner à son émetteur. Les idées et opinions présentées dans ce message sont celles de son auteur, et ne représentent pas nécessairement celles du Groupe ***** ou d'une quelconque de ses filiales. La publication, l'usage, la distribution, l'impression ou la copie non autorisée de ce message et des attachements qu'il contient sont strictement interdits.

This e-mail and any files transmitted with it are confidential and intended solely for the use of the individual to whom it is addressed. If you have received this email in error please send it back to the person that sent it to you. Any views or opinions presented are solely those of its author and do not necessarily represent those of ***** Group or any of its subsidiary companies. Unauthorized publication, use, dissemination, forwarding, printing or copying of this email and its associated attachments is strictly prohibited.

De: <manolo@austrohungaro.com>
Fecha: Jue 30 oct, 2003 00:13:08 Europe/Madrid
Para: <contacto@austrohungaro.com>
Asunto: RECUERDO ES ROLLO

Si recuerdas algo inesperadamente es que el funcionamiento de la red neuronal que eres no es predecible para sí misma.
Esto no es "agradable" o "interesante".
Es un ROLLO.

Y el viaje de 8º de EGB que te asalta al ducharte con un gel diferente del habitual
no es "acongojante" o "emotivo".
Es un ROLLO.
Es el funcionamiento ciego de una red
Y el funcionamiento ciego de una red es un ROLLO.

Y recordar una cara al leer una camiseta
Es un ROLLO
Y recordar Tolosa al oír una canción
Es un ROLLO
¿Te das cuenta de lo que es ser una máquina?

NO, NO, NO, ES UN ROLLO
NO, NO, NO, ES UN ROLLO
Oh, pero es imposible que te des cuenta.

Ce message électronique et tous les fichiers attachés qu'il contient sont confidentiels et destinés exclusivement à l'usage de la personne à laquelle ils sont adressés. Si vous avez reçu ce message par erreur, merci de le retourner à son émetteur. Les idées et opinions présentées dans ce message sont celles de son auteur, et ne représentent pas nécessairement celles du Groupe ***** ou d'une quelconque de ses filiales. La publication, l'usage, la distribution, l'impression ou la copie non autorisée de ce message et des attachements qu'il contient sont strictement interdits.

This e-mail and any files transmitted with it are confidential and intended solely for the use of the individual to whom it is addressed. If you have received this email in error please send it back to the person that sent it to you. Any views or opinions presented are solely those of its author and do not necessarily represent those of ***** Group or any of its subsidiary companies. Unauthorized publication, use, dissemination, forwarding, printing or copying of this email and its associated attachments is strictly prohibited.





Cuál es la palabra.

ENTREGA SEGUNDA

-Total, que llegas a un café, ves a una chica sola en una mesa, te sientas, te pones a hablar a saber de qué y, cuando reacciona y te pregunta que de qué hablas, le dices que todo el problema de la espontaneidad y el libre albedrío es culpa suya. No es normal. ¿Te escupió?- dice Helena.

-No.

Helena, que habla con Oriol, se está desperezando sin levantarse de la silla, en su despachito.

-Pero Oriol, seguramente te darás cuenta de que hay dos maneras de saber algo y que la que consiste en saber cómo hacerlo, a diferencia de la que consiste en saber qué es, ésa la dominas. O sea, hablar puedes- dice Carlos.

Carlos está sentado al lado de Oriol en su habitación, meciéndose sobre dos patas de la silla (otra silla diferente).

-Dejadle en paz. Yo estoy de acuerdo: hay que quejarse de

lo raro que es todo. No puede ser que a la que piensas dos minutos seguidos en algo se vea tan claro que está mal hecho. Y, Carlos, me gustaría verte desarrollando la distinción entre ‘saber cómo’ y ‘saber qué’ hasta el final, a ver qué te encontrabas, y cómo te lo encontrabas -dice Celia.

Celia está en una especie de bar, cerca de la playa. Acaba de sentarse también, pero hace un momento se estaba comprando una lata en la máquina de latas. Gerardo, que se sienta a su izquierda, dice:

-Lo que pasa es que tomas demasiados cafés a lo largo del día, Oriol. A mí no me extraña nada la situación: te metes en el Café Torino, te pides *yet another coffee* y te pones a hablarle a una desconocida. Es normal que luego te falte la serenidad necesaria para que se entienda lo que dices. Habría que haberte oído a ti y a tu ‘cosa concreta que recuerdas perfectamente’.

Oriol se ha levantado de otra silla hace unos minutos y está distraído mirando la estantería. Ha cogido un pisapapeles y se lo ha metido en el bolsillo. Carlos dice

-Oye, Gerardo, y ¿cómo te fue la entrevista?

-Muy bien. Me parece que me volverán a llamar. Si acabo trabajando allí, ya os contaré si tengo razón o no.

-Pues espero que no la tengas– interviene Helena.

-Y a ti, ¿qué más te da? Tampoco te gusta el zumo.

-Venga, Gerardo, vámonos ya- dice Celia.

-Hala, nos vamos- dice Gerardo.

-Hasta luego.

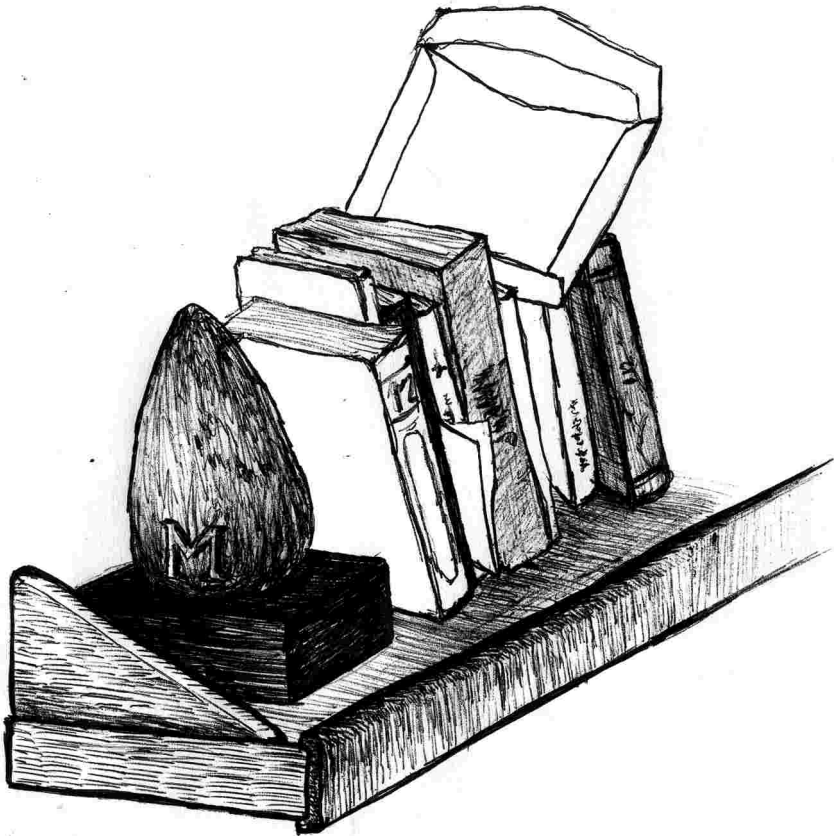
Celia y Gerardo salen del bar (en realidad, algo parecido a una cafetería) y cruzan a la otra acera pasando entre los coches aparcados. Están a dos travesías de la playa, en la calle donde los veraneantes hacen la compra. En esta manzana hay una droguería, una mercería, esa especie de bar, o de cafetería (pero también se vende la prensa del día) y un súper de barrio que estrictamente no es para la gente de ningún barrio, y menos de este barrio en concreto, sino para aquel que pase allí quince días y no quiera coger el coche para acercarse al hiper de las afueras. Gerardo y Celia, en cambio, tienen pensado pasar allí todo el año; ésa era la idea cuando, hace unos meses, se convencían mutuamente de alquilar un apartamento en la playa: ser vecinos de un barrio donde nadie lo es, “ver qué pasa en febrero, Gerardo, los alemanes que se quedan a vivir, y seguro que se puede entrar por el balcón a un montón de pisos”, ponerse en peligro de aburrirse mortalmente pero sin embargo pasarlo muy bien, hacer sus cosas, bastarse el uno al otro. Todos sus amigos –los que hablaban con ellos hace un momento y los demás- están al tanto de la idea.

Entran en el súper, y se separan para ir, Gerardo, a buscar pasta y, Celia, salsa de tomate.

-¿A qué te referías con que está mal hecho?- dice Gerardo desde su pasillo.

-¿A qué te refieres con que a qué me refería?- grita Celia desde el suyo.

Gerardo mete dos bolsas de tallarines en la cesta y tuerce a la derecha, en dirección al lineal de bebidas. –Hace un momento estabas diciendo que, a la que piensas tres minutos en algo, se ve que está mal hecho. ¿Qué está mal hecho? ¿Ese algo, lo que se ha pensado sobre ese algo, o qué?



« cosa concreta que recuerdas perfectamente »

-No me acuerdo, Gerardo. Habérmelo preguntado en el momento. Me referiría a ambas cosas, ¿no? - Celia acaba de coger una lata de tomate frito casero y una bolsa de salsa de champiñones deshidratada y va hacia los arcones congeladores. En este momento está entretenida con la ocurrencia de que el pasillo donde están las salsas es más acogedor que la zona de congelados, porque es alto como una empalizada de campamento y, si va a tener que estar sola durante los minutos que dure la compra, mejor que sea en sitios donde pueda esconderse. Por eso le fastidia vagamente que alguien más aparezca en su pasillo empujando un carrito –casi nunca, en este súper y en esta época del año, pero justamente por ahí aparece una señora que Celia conoce de ver tras el mostrador de la mercería- y tampoco le gusta estar en la explanada de los congelados. Todo esto se piensa solamente porque Celia sabe que está a punto de pensarse y tiene cuidado de ponerlo rápidamente en palabras para que quede claro, y reírse luego o extraer conclusiones. Se piensa medio en broma, pero no tan en broma como se piensa que la empalizada le protege, entre otras cosas, de una posible bola de derribo que atravesara el techo y fuera a impactar contra las estanterías de conservas o de algún misterioso enemigo del pasado. Esto, que también se ha pensado, es solamente un subproducto de estar dándose cuenta de lo que hace al poner en palabras lo que está a punto de pensarse e intentar replicar el proceso conscientemente. La bola de derribo o el enemigo misterioso no van a dar pie a más ideas interesantes. En cambio, que le parezca hospitalario un lineal de supermercado sí es prometedor, y ella no va a renunciar a una oportunidad de pensar algo que parezca tener su importancia, aunque luego se revele tan estéril como todo lo demás. Probablemente, por supuesto, se revelará estéril: ¿para qué podría servir haber pensado que un lineal de supermercado es hospitalario? Pero ya está pensando sobre “pensar”, y Celia intenta no perder el tiempo con ese tema en concreto, en el que no

puede dejar de caer de vez en cuando. Sacude la cabeza y se esconde un cepillo de dientes a pilas debajo de la camiseta. Cuando sale al claro que hay delante de la línea de cajas, se encuentra con Gerardo, que viene con la pasta y una botella de vino tinto, Rioja.

-No creo que te refirieses a las dos cosas, cariño. Sería mucho referir para algo que estabas improvisando en el momento- dice Gerardo, cogiendo la cesta de Celia.

-Y la cosa es que me he vuelto a olvidar de sobre qué estaríamos hablando. Ahora, que si te he dicho que me refería a las dos cosas, me refería a las dos cosas. Y eso te lo digo sin saber ni a qué cosas me refería ni si me estaba refiriendo a nada, ni nada. Ahí dentro está la señora de la mercería, comprando- responde Celia.

-¿Qué dices? Vamos a ver.

Pagan y salen casi corriendo a la calle. Giran a la izquierda, pasan dos portales y llegan a la mercería.

-Esta mujer es una irresponsable, de verdad- dice Gerardo, sonriendo. Entran en la mercería y efectivamente, no hay nadie.

{ FIN DE LA ENTREGA SEGUNDA }

Cuchicheando sobre no sé qué, tres chicas y un chico

FUNCIÓN DE FIN DE CURSO

Chica B: Entonces, ¿qué?

Chica A: Por mí, sí...

Chico: Ni en broma, vamos.

Chica C: A la cantante no se la oye.

Chico: ¿Qué cantante?

Chica C: A ver, ¿qué cantante? ¿Dónde estás, qué estás viendo?

Chico: Tu cara de fea.

Chica B: Va, Chico, ven con nosotros.

Chico: Mira, tú haz lo que quieras, pero a mí déjame en paz (*llevándose aparte a Chica A*) Ten un poco de dignidad, tía. No puedes hacer todo lo que diga ésta.

Chica A: Pero ¿qué dices? Que no, si la trato fatal. Todo el día estoy dándole cortes. Hace un rato me dijo que a ver si...

Chico (*interrumpiéndola*): A ti te parecerá que le das cortes, pero lo que se ve desde fuera es que eres como su criada para todo.

Chica A: ¡Que no!

Chica B (*a la Chica C*): Y tú, ¿qué? ¿Vas a venir?

Chica C: ¿Que qué?

Chica B: Que si vas a venir

Chica C: ¿A dónde?

Chica B: A comer espaguetis con tomate.

Chica C: No sé de qué hablas.

Chica B: Pues la culpa es tuya, porque lo he explicado antes perfecto.

Chica C: Ay, mira, déjame ver el concierto.

Chica B: No, si es que habíamos dicho de ir a comer espaguetis con tomate a un Carrefour, gratis, cogiendo una garrafa de agua y

calentandola en un microondas de la sección de electrodomésticos y luego coger pasta fres...

Chica C: Esa idea ya nos la has contado. No es graciosa, ni entretenida, ni se puede hacer en realidad, ni sé qué clase de moraleja de andar por casa te crees que tiene ir a robar espaguetis al Carrefour.

Chica A: Vaya rollo de grupo. Vámonos.

Chico: Sí que son un rollo. ¿Qué está haciendo el batería?

Chica A: ¡Desde luego! Además, ¿por qué hemos venido?

Chico: A mí no me mires. Ha sido cosa de Chica C. Por cierto, que es la única que no está prestando atención. Oye, ¿qué te ha parecido el mail de los orangutanes?

Chica A: Tía, ¡no me escribas más a la oficina! Y menos con esas guarradas. Me van a echar por tu culpa.

(Chica A y Chico ríen)

Chica C: Tú haz lo que quieras, Chica B, pero a mí ni te me acerques. Quédate allí, al otro lado, ¿vale? Lejos.

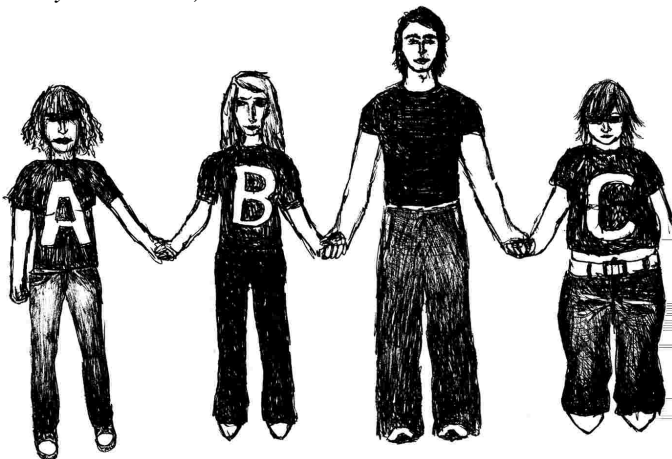
Chico: Jo, este escenario debe de ser un coñazo de transportar. Porque cuando no hay concierto lo quitan, ¿no?

Chica A: Pero ¿qué estás diciendo? Además, no pesa nada. No es macizo, está vacío.

Chico: ¿Por dentro?

Chica A: Claro.

(Chica A y Chico ríen)



Esmeraldo, núm. 2:

Redacción: manolo@austrohungaro.com.

Ilustraciones: ballesteros@austrohungaro.com.

Maquetación: genis@austrohungaro.com.

Un producto de Austrohúngaro.

<http://www.austrohungaro.com/esmeraldo>